La orfebrería prehispánica

El arte de Colombia

Rebecca Hinson

La orfebrería prehispánica

El arte de Colombia

Rebecca Hinson

Traducido por Claudia Battistel Tomada y Gabriela Escobar Rodríguez

Dedicado a Bob Brazofsky, Director de Ciencias Sociales
de las Escuelas Públicas del Condado de Miami-Dade

Derechos de Autor © 2019 por Rebecca Ann Hinson
Todos los derechos reservados.

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2020912769
Versión original en inglés editada por: Richard Lederer y John Robuck
Consultores de historia: Stuart Schwartz y Rebecca Stone
Rebecca Hinson Publishing
Lake Worth Beach, Florida
Impreso en los Estados Unidos
ISBN 978-1-947623-24-8

ARTISTAS: Portada, 6, 9, 11, 12, 15, 16, 20, 21, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York; 1, Wikimedia Commons Addicted04; 3, Pedro Szekely; 4, Tiziano Vecelli; 5, 18, Mario Roberto Durán Ortiz; 7, 13, 17, 19, 23, 24, El Museo del Oro, Bogotá; 8, Turista Perene; 10, James St. John; 22, Museo de Bellas Artes, Houston, donación de Alfred C. Glassell Jr.

FUENTES: Leon Auerbach, *El Dorado: The Gold of Ancient Colombia*; Roberto Lleras Pérez, *The Art of Gold: The Legacy of Pre-Hispanic Colombia*; Elisenda Vila Llonch, *Beyond El Dorado: Power and Gold in Ancient Colombia*; Antonio Panesso, *El Dorado*.

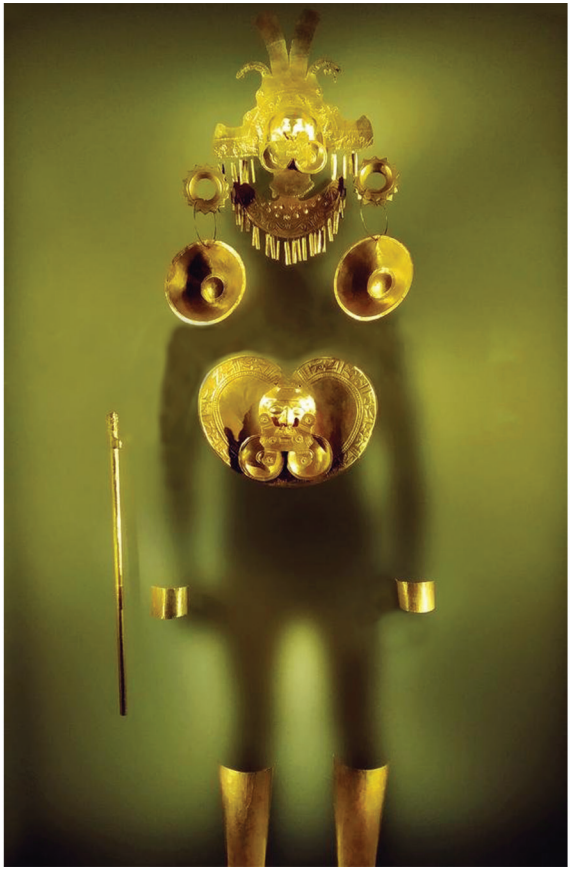
Hace más de dos mil años, las comunidades indígenas que habitaban el territorio que hoy en día se conoce como Colombia, crearon una gran variedad de artefactos de oro muy elaborados que usaban en ceremonias religiosas, actividades cotidianas y también como adorno personal. Estas sociedades creían que tanto los seres humanos como los animales, las plantas, la tierra, el agua y el cielo tenían un componente espiritual. También pensaban que el oro poseía un poder transformador capaz de conectar el mundo terrenal con el mundo divino, para mantener así el equilibrio del universo.

Por ejemplo, una de las ceremonias de la tribu Muisca consistía en soltar una balsa en medio del lago Guatavita mientras los espectadores quemaban incienso, tocaban instrumentos, cantaban y bailaban. Sobre la embarcación, el cacique, desnudo y cubierto en polvo de oro, brillaba como los rayos del sol. Él y otros cuatro miembros de la tribu, lanzaban oro y esmeraldas al lago como ofrendas a los dioses. Los relatos de estos rituales muiscas llegaron a los oídos de los conquistadores españoles y dieron lugar a la conocida leyenda de El Dorado, una supuesta ciudad hecha de oro y localizada en el Nuevo Mundo.

Durante 150 años los conquistadores se llevaron más de 81 toneladas de oro de las colonias españolas en América. Este tesoro financió el primer imperio global del mundo, el Imperio español, gobernado por el rey Carlos V, quien también era emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. En la Europa medieval, el oro era símbolo de riqueza y poder; en cambio, para las tribus indígenas que vivían en la región que en la actualidad se llama Colombia, el oro era valorado por su poder transformador.

Los chamanes eran los guías espirituales. Ellos se ponían adornos de oro en forma de animales, como el hombre-pájaro de la imagen, para oficiar las ceremonias ya que creían que así su espíritu se transformaría en ese animal y podría viajar a otra dimensión del cosmos. Al inicio del ritual, los chamanes cantaban, bailaban y masticaban una mezcla de cal, hojas de coca y otras plantas para entrar en trance. Durante este estado de semiconsciencia experimentaban la sensación de viajar a un mundo sobrenatural en el cual adquirían conocimientos, como por ejemplo la cura de enfermedades.

Los chamanes también negociaban con sus ancestros y otros espíritus para mantener el universo en orden y así evitar sequías y otros desastres naturales. Al volver del trance, compartían con la comunidad lo que habían vivido. Los caciques dependían del consejo de los chamanes en muchos asuntos, como por ejemplo, cuándo ir a la guerra. El hombre murciélago de la imagen representa un chamán.



Los artesanos elaboraban prendas de oro como adornos de nariz y de pecho, collares, diademas, pulseras, tobilleras, pendientes y tiralanzas. Las joyas de oro más comunes eran las narigueras. Estos adornos para la nariz se han encontrado en todas las regiones de Colombia. Además, los artesanos fabricaban herramientas que se utilizaban en la vida diaria como cinceles, agujas, anzuelos e instrumentos para pulir el oro.

Los poporos eran envases que servían para guardar la cal y tenían una cucharilla, como los que vemos en la foto. Se hacían para el uso de caciques, chamanes y venerados ancianos al igual que grandes adornos corporales de oro, instrumentos musicales, cucharones y cuencos. Cuando un líder moría, se le enterraba junto a los objetos que había utilizado durante su vida. Se creía que las prendas de oro, los artículos de cerámica y otras posesiones le darían al difunto poder e identidad como ancestro, figura sobrenatural y semidivina, y asegurarían su bienestar para toda la eternidad.

Algunas piezas de oro se elaboraban específicamente para los entierros. Esta máscara funeraria de la tribu Calima estuvo colocada a los pies o sobre la cara del cuerpo amortajado de una persona de alta jerarquía, para ayudarla en su paso del mundo terrenal al espiritual. En algunas tumbas se han encontrado muchas máscaras apiladas unas encima de otras.

Los trabajadores recogían las pepitas de oro aluvial de entre la arena y la grava en el lecho de los ríos. También extraían oro de las delgadas vetas de metal en las rocas (ver imagen). No obstante, en el área donde vivían los muiscas no había oro, por esta razón intercambiaban esmeraldas, algodón y sal por oro con las tribus vecinas. Este metal precioso es muy difícil de trabajar en su estado más puro porque el punto de fusión es 1063 grados Celsius. Por lo tanto, los artesanos mezclaban el oro con cobre, ya que este otro metal hace que el punto de fusión sea más bajo.

La aleación (mezcla) de 82 por ciento de oro y 18 por ciento de cobre tiene un punto de fusión de 800 grados Celsius. Para hacer oro base, los artesanos agregaban 40 por ciento o más de cobre. El hombre-langosta de la imagen fue elaborado en tumbaga, una mezcla de oro a la cual le añadían 70 por ciento o más de cobre. La tumbaga era más fuerte y dura que el oro puro y permitía a los artesanos elaborar los detalles finos con más facilidad.

Los artesanos usaban martillos de piedra para crear finas láminas de oro que luego cortaban con cinceles y martillaban sobre moldes cóncavos. Estas láminas de oro también se podían presionar contra patrones convexos de madera o de piedra. A esto se le llama repujado. Así se obtenía un diseño en relieve que sobresalía de la superficie, como el felino de la imagen. Cuando se utilizaba tumbaga, la lámina de metal se volvía quebradiza luego del martillado, de modo que era necesario calentarla y enfriarla antes de martillarla de nuevo.